

# GUADALUPE EN LA HISTORIA

MIGUEL ÁNGEL ORTÍ BELMONTE

Fue en sus orígenes Guadalupe, allá en los primeros años del s. XIV, una humilde ermita y un hospital, bajo la advocación de Santa María de Guadalupe, y en donde recibía culto la imagen que había encontrado el pastor cacereño Gil Cordero, que tuvo su casa en la calle llamada de Caleros, y en cuyo solar se levantó, en el siglo XVII, la ermita que aún existe en esa calle.

Por los campos de Extremadura había pasado el rey Alfonso IX en su turbulenta minoría de edad y siguió después viniendo a ellos y rindió también culto a la sagrada imagen, levantando en 1336 una iglesia de estilo mudéjar que es el que privaba en la región por influencia del foco toledano.

Los montes de Guadalupe estaban llenos de caza mayor: jabalíes, ciervos, osos, lobos, etc. Ya en 1220 murió, víctima de un oso, cerca de Cañanero, el infante don Sancho Fernández, hijo de Alfonso VII el Emperador. El bosque cubría todas las montañas ya que la despoblación de los campos extremeños hacía crecer el bosque y lo convertía en lugar de caza, a la que contribuía la riqueza de aves de presa, águilas y halcones, que poblaban sus sierras.

En los bosques extremeños estaba el rey Alfonso, según la crónica, cuando tuvo noticias de los aprestos militares de Abulhasam, rey de Marruecos que, con su escuadra había entrado en Algeciras y había derrotado a la cristiana, dando muerte a su almirante Joffre Tenorio en el combate del 16 de abril de 1340.

Acudió el rey Alfonso con todos sus medios y se dio la batalla del Salado, en 1340, en la que obtuvo una gran victoria, que la crónica del rey, atribuida a Fernán Sánchez de Valladolid, describió minuciosamente.

Más de una vez se habría postrado el rey ante la imagen románica de la Virgen de Guadalupe –imagen sedente sobre un trono o escaño– y a ella recurrió ante aquella situación suprema, en la que peligraba no sólo su vida, su trono y su política sobre el dominio del estrecho, sino si España iba otra vez a ser musulmana ante el empuje u la coalición que había formado el sultán de Marruecos.

Hizo el rey dos votos: uno, levantar una basílica a San Hipólito, santo en cuya fiesta había nacido, en Salamanca; y otro, dar gracias a la Virgen de Guadalupe, pues así es como pueden interpretarse las palabras del rey: “Y porque cuando Nos acabamos de vencer al poderoso Albohacen Rey de Marruecos y de Fez y de Sijulmenza y de Tremecén, y al rey de Granada, en la batalla que hubimos con ellos cerca de Tarifa, que fue lunes 29 días del mes de octubre de la data de esta carta, vinimos luego a este lugar por gran devoción que allí habíamos”.

El rey pidió el Patronato del Monasterio al Arzobispo de Toledo para él y sus descendientes, y desde ese momento, él y los reyes que le sucedieron en el trono de Castilla y de León concedieron mercedes y privilegios al Monasterio, facilitando el pastoreo de sus ganados y la formación de un foco agricultor, ganadero e industrial en Extremadura, ya que el religioso ya existía desde el encuentro de la imagen, y peregrinaban por sus campos magnates y vasallos para postrarse a los pies de la Virgen.

Priores nombrados por los reyes tenían el gobierno de la iglesia hasta 1389, en que Juan I da el santuario e iglesia, ordenando que se alzase el Monasterio, a la Orden Jerónima, recién fundada, y se entregará a Fray Fernando Yáñez de Figueroa.

Era este fraile cacereño de noble familia, descendiente de los conquistadores de la ciudad y las laudes más antiguas de Santa María eran de su linaje. Fue el primer prior y el que convirtió el santuario en monasterio. Por obra de dos cacereños, Gil Cordero y el venerable Fray Fernando de Yáñez, surgió el culto a la Virgen de Guadalupe y bajo su gobierno se amplió y renovó la iglesia, construyendo la capilla de Santa Ana, el claustro mudéjar, el templete y la granja de Valdefuente, modelo de organización agrícola, al mismo tiempo que crecía la Puebla de Guadalupe a la sombra de los frailes jerónimos.

Enrique III visitó el monasterio y estuvo algunos días en el Palacio de Valdefuente. Las crónicas no relatan las confidencias entre el rey y el prior y sí sólo el interés de Enrique III de que ocupara el Arzobispado de Toledo, a lo que se oponía el venerable Yáñez. La tradición siguió conservando el recuerdo de este deseo, y siglos después, el pincel del inmortal Zurbarán reproducirá la escena en la que sobre la cabeza del Prior, arrodillado, coloca el rey el bonete de Arzobispo.



*Monasterio de Guadalupe*

Muerto el rey, Yáñez tuvo influencia sobre la reina doña Catalina de Lancaster y sobre don Fernando de Antequera, de los que era su confesor cuando estos visitaban el Monasterio.

La política del reino de Castilla pasaba por los movidos años del reinado de Juan II y del favorito Don Álvaro de Luna. La reina doña María de Aragón, hija de Fernando de Antequera, se encontraba combatida por el favorito y con el deseo de proteger a sus hermanos los infantes de Aragón, enemigos de Don Álvaro.

Al monasterio acudieron los reyes en 1434, celebrándose novenas y fiestas religiosas. En aquella visita era prior el P. Cabañuelas, al que ocurrió el milagro en la Santa Misa, que Zurbarán llevara también al lienzo en su cuadro de la sacristía del monasterio. Era un varón lleno de virtudes y en él encontró la reina consuelo para su espíritu en aquellas luchas familiares, y al que consultaba no sólo en casos de conciencia sino también en los políticos, pues cuando murió el P. Cabañuelas se encontraron en su poder 130 cartas escritas a mano por la reina.

Doña María de Aragón tuvo mucho afecto al P. Cabañuelas, tanto que cuando murió el prior (1441) enviaron su confesión escrita a la reina y esta hizo testamento antes de morir, ordenando que llevaran su cadáver a Guadalupe y que pusieran junto a ella los huesos del P. Cabañuelas. Así se hizo y el cadáver de doña María fue llevado al monasterio, labrándose un mausoleo de bronce y alabastro en la Capilla Mayor, al lado de la Epístola. En la misma caja de la reina colocaron los huesos del P. Cabañuelas. Doña María fundó tres capellanías con 20.000 maravedíes de juro, que fueron situados por Enrique IV, su hijo, sobre las rentas de Sevilla.

Llegaron los últimos momentos del rey don Enrique IIV, el más discutido por la historia, que nunca dio luz a tantos puntos oscuros de su vida y de su reinado, buscó confesión con Fray Juan de Mameló, prior de San Jerónimo. Terminada la penitencia, Fray Juan le dijo que mirase por su alma y que dispusiera para su enterramiento. El rey respondió que sería en Santa María de Guadalupe, debajo de la sepultura de su madre; que dejaba por testamentarios y albaceas al Cardenal de España, al Duque de Arévalo, al Marqués de Villena y al Conde de Benavente.

El cardenal Mendoza, fiel albacea en esto del traslado del cadáver del rey, amplió la última voluntad del monarca de descansar el sueño eterno debajo de su madre, que fue quizás la única persona que le amó desinteresadamente en la vida. Siempre la madre, último pensamiento del hombre en esta vida pasajera camino de la eternidad.

La moda renacentista llegó a Guadalupe y se hicieron nuevos sepulcros a doña María de Aragón y a su hijo Enrique IV. Giraldo de Merlo y el hijo del Greco trabajaron en las sepulturas reales, con sus estatuas orantes entre 1615 y 1618, en que se terminaron, conforme han llegado a nuestros días.

En los campos extremeños se libraban combates, como el de la Albuera, en la guerra de sucesión de los Reyes Católicos y se celebraban tratados como el de Trujillo, precedente del de las Terceñas que puso fin a la guerra. Los reyes visitaron varias veces el monasterio de Guadalupe; en una de dichas visitas, abril de 1486, les acompañaba un desconocido extranjero, del que se reían muchos, tratándolo de visionario o loco, era Cristóbal Colón, que desde el 20 de enero de 1486 había entrado al servicio de los reyes y al que en 1487 y 1488 entregó el Tesoro Real varias cantidades, dos de 3000 maravedíes y dos de 4000 maravedíes. En la Puebla de Guadalupe fecharon los reyes la cédula real para que se equipasen las carabelas.

Esta es la explicación de por qué cuándo regresó del primer viaje, y al haber prometido que si salvaba la vida en la tempestad, volvería a un monasterio, Colón nombró Guadalupe, y vendría peregrino a bautizar a los primeros indios, y pondría luego el nombre de Guadalupe a una isla en el segundo viaje.

Desde ese momento el nombre de Guadalupe sonará en América y en México se levantó otro monasterio por la milagrosa aparición de la Virgen al indio Juan Diego, prometiéndole su protección para todos los que a ella acudiesen y dejando su imagen estampada en la tilma o manta del indio.

El Nuevo Mundo tendría desde ese momento un monasterio de Guadalupe y hasta en su guerra de Independencia llevaría en sus estandartes la imagen de la Virgen. El 22 de diciembre de 1576 llegaron al monasterio el rey Felipe II y su sobrino el rey Sebastián de Portugal para tratar este de convencer a su tío de que le prestase ayuda en la guerra de África. El prudente Felipe II trató de disuadirlo pero el portugués se embarcó en la empresa de Alcazarquivir luchando contra los moros, pero fue traicionado por el cordobés Solimán del Pozo. El ejército de don Sebastián fue derrotado y el rey portugués murió en el combate.

A Guadalupe fueron de peregrinos Pizarro, Hernán Cortés, Cervantes y otras figuras de nuestra historia, que dejaron a su paso recuerdos de su fe y de su magnificencia a la par que el monasterio se engrandeció y se convirtió en el símbolo de la unión de España con América y de la Hispanidad.